

Peregrinos de la vida

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El Camino de Santiago es una de las más hermosas metáforas de la vida humana. Se trata, en primer lugar, de un itinerario. Quiere esto decir que su sentido es claro. Hay estrellas que iluminan, que señalan o marcan una dirección. La meta de ese camino recibe el nombre de Campo de la Estrella (*Campus Stellae*) o Compostela, aunque en realidad esta palabra derive de *Compositum*, lugar organizado. En cualquier caso, al final no se da la oscuridad del absurdo o la desorganización.

Es un camino humanizado. A través del tiempo, el hombre ha impuesto a los lugares geográficos de esa ruta su proyecto personal,

los ha asumido dándoles sentido, significación, *lógos*. Pero este sentido es, principalmente, estético. El Camino Jacobeo está lleno de Arte. Porque en su vida, todo hombre es capaz de realizar la belleza, ante todo con sus buenas obras morales, con el bien que practica.

La vida se descubre como quehacer. A diferencia de las cosas, que están dadas, la persona elige quién quiere ser. El Camino de Santiago —pedagogía ética— es un quehacer elegante. Se llama elegante a lo bello y bueno. Hoy ha decaído la elegancia, frecuentemente se la evita. Entre las múltiples formas de la vida no se sabe *elegir* aquellas que son más

bellas y buenas, lo cual es síntoma de la crisis moral que nos afecta. Ha descendido el sentido estético de la vida tanto como su sentido ético. Al acto del recto elegir llamaban los latinos primero *eligentia*, y luego *elegantia*. Por eso la Ética debería llamarse Elegancia, ya que es el Arte de elegir la mejor conducta.

¿Para qué hacer el camino de la vida? ¿Por qué peregrinar en ella? Si estamos llamados a llegar al final del camino, ¿no hubiera podido Dios colocarnos directamente en la meta, sin necesidad de esta peregrinación? La respuesta es que si Dios nos colocara directamente en la otra vida, no tendríamos ningún mérito y seríamos *otra cosa*. Pero el hombre —que no es cosa— elige quién quiere ser para siempre. He aquí la Elegancia suprema. Se precisa su biografía, su peregrinación, que es elección de la otra vida. Y ese final del camino es la realización de esta vida. Durante su peregrinación, el hombre —libre y responsable— elige quién quiere ser eternamente y hace méritos para ser digno de la otra vida, para *ganar el jubileo*. Para gozar del júbilo sempiterno en la meta.

Muy cerca de Compostela hay un monte —el llamado *del Gozo*— desde donde el peregrino se llena de alegría al divisar por fin la bellísima Catedral de Santiago. En la hora de la muerte, de alcanzar la vida perdurable, el hombre bueno debe alegrarse ante la belleza infinita que le espera. Imagínese qué terror experimentará el malvado o el terrorista en esa suprema hora.

Hay tiempo para la conversión. A cualquier altura de la vida es posible arrepentirse, cambiar, emprender una trayectoria mejor. En este año de 1999 puede ganarse ese jubileo; es Santo Jacobo. Nos encontramos ante un camino cuyo nombre español se ha formado

inseparablemente unido a esa condición. El Apóstol se llama, en el griego del Nuevo Testamento, *Iákobos*. En castellano se dice *Jacobo, Jaime, Diego*, pero preferentemente *Yago*, que unido al prefijo *Sant* ha dado lugar a *Santiago*, caso único en la historia (no ocurre así en francés, *Saint Jacques*, ni en inglés, *Saint James*). Es decir, para explicar todo esto hay que contar una historia, porque ésta da razón de lo humano (hoy se han abandonado tanto las Humanidades que no es extraño que se produzcan casos de gentes que dicen *San Santiago*).

La persona se apoya en un pasado que es el camino recorrido. El sentido primario de la vida no es biológico, sino biográfico. Al ser la vida biográfica, se puede contar o narrar. Lo que verdaderamente importa es la historia de cada cual, no su naturaleza. Cuando lleguemos a la Puerta Santa de la Catedral Compostelana —metáfora de la entrada en la otra vida—, cada uno dará cuenta y razón no de *lo que* ha sido, sino de *quién* ha llegado a ser.

Lo que contará para merecer la bienaventuranza no será la *sustancia* (lo *físico*, lo *material* que está *dado* en cada uno), sino el *haber*, la *hacienda* (todo cuanto el peregrino ha hecho a lo largo del camino y que es la mejor traducción del vocablo griego *ousía*). No hay razón para el materialismo.

A diferencia de las cosas, el hombre no es algo *dado*, que *está ahí*, sino alguien que *está dándose*, que *está viniendo* como el peregrino. Éste —al igual que la propia vida de cada cual— es acontecimiento o drama. Y la circunstancia es el escenario, mundo o camino en que ese drama acontece.

Ahora bien, la vida humana es inseguridad, consiste en tener que hacer algo, en una circunstancia —como la del peregrino—

frecuentemente hostil. Esta circunstancialidad de la vida humana tiene como consecuencia inmediata su menesterosidad. Somos pobres caminantes. Y al mismo tiempo héroes. El heroísmo —la autenticidad, contrapuesta al abandono en la inercia— es una dimensión de toda vida humana.

Héroe es el peregrino. Peregrinar es andar uno por tierras extrañas, como ocurre en la vida, de la cual todos somos peregrinos. Y la palabra *peregrino* viene del verbo latino *peregre*: de viaje. Y ése de *per*: a través; y *ager, agri*: campo. En nuestra vida vamos por el mundo, atravesamos, somos caminantes, viajeros. Todo eso en sentido figurado. Lo importante es que la manera de vivir no es nunca estática, sino un *estar haciendo, estar haciéndome, estar viviendo*.

La persona avanza hacia adelante, hacia el futuro. El hombre es futurizo. Peregrino es el que va a un santuario. Por esta vida se camina hacia la otra. El de Santiago es un camino en busca del Occidente, el lugar donde se pone el sol, el *Finis Terrae*, el final de la tierra, el cielo. Al peregrinar se considera que esta vida es tránsito para otro lugar: allí donde se descansará del camino recorrido.

Por eso San Agustín escribe en sus *Confesiones*: “Nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”. Y hacia el final de ese libro puede leerse: “Nuestro descanso es nuestro lugar” (*Requies nostra locus noster*). Cada criatura, por su peso, tiende a su lugar. El peso no sólo impulsa hacia abajo, sino al lugar que corresponde. Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. Dios es amor; el hombre, criatura amorosa, es impulsado por el amor. Esta es la razón por la cual sigue diciendo San Agustín: “Mi peso es mi amor;

él me lleva doquiera que soy llevado” (*Pondus meum amor meus; eo feror, quocumque feror*).

Nuestro camino —vida ascendente— se realiza hacia arriba, hacia el amor que nos atrae y que nos impulsa a ser hombres de buena voluntad. Hacia el lugar del consuelo, de la luz y de la paz. Termina así el Santo de Hipona: “Nos enardecemos y caminamos, porque caminamos para arriba... Allí nos colocará la buena voluntad, para que no queramos más que permanecer eternamente allí”.